

ramiento de la situación. La peor bora de la historia no era más que una ráfaga de aire fresco comparada con el vendaval anímico que se agitó en Sancho tras recibir la llamada de Gracia Galo la tarde anterior. El inspector no tenía la certeza de que fueran a permitirle colaborar en la investigación, pero solo el hecho de recibir noticias ya era una gran noticia.

Hasta entonces, su rutina consistía, básicamente, en salir a correr a primera hora de la mañana siguiendo la carretera que discurría en paralelo al mar; dedicaba el resto del día a peinar la ciudad de forma organizada con la frágil esperanza de dar con alguna pista que le llevara a Augusto. Sabía que no podía levantar ampollas en territorio ajeno, pero, aun así, estuvo tentado de recorrer las zonas residenciales del extrarradio y de patearse el centro de Trieste mostrando el retrato robot negocio por negocio con tal de no estar de brazos cruzados. Esa misma mañana había sido algo distinta: conversó con la juez Miralles para contarle los pormenores de la situación. No alcanzaba a entender el porqué, pero aquella mujer le seguía inspirando mucha confianza. Antes de despedirse, Aurora le rogó que tuviera mucho cuidado. Sin embargo, habida cuenta de los hechos que habrían de suceder días después, podría decirse que extravió la precaución junto a su maleta en aquel taxi. También habló con Peteira para que le pusiera al corriente de la actividad en la comisaría. Por último, recibió la llamada de Áxel interesándose por su estado anímico y para anunciarle que había seguido su ejemplo: en dos semanas, se marchaba con un amigo a recorrer Tailandia por espacio de un mes.

Cuando le sirvieron el café *macchiato*, la vio pasar a través del ventanal con paso firme...

por un tipo magro y con coleta, el mismo que le llevaba siguiendo los últimos días. Miró la hora: faltaba un minuto para las doce. Sonrió sin mover los labios.

Canal Grande di Trieste

Querido amigo, siento no haber venido a verte con más frecuencia. La verdad es que tenía pocas cosas que contarte, pero hoy sí hay algo que me gustaría compartir contigo. Una revelación: no puedo ni debo renunciar a mí mismo. Necesito ofrecerte al mundo, pero no seré capaz de hacerlo si no puedo partirme y negociar con mi otra mitad. Tengo que ser un todo único, no una suma, y muchas veces me veo matándome a garrotazos con Orestes; ambos, enterrados hasta las rodillas. Presiento que alguien no saldrá de esta. Tengo que poner distancia con Orestes para ser más Augusto. Al igual que tú, soy especial, diferente del resto, y no pienso desviarme ni un centímetro de la ruta que tengo que recorrer. Entregarme por completo, eso es lo que necesito. Creo en mi destino, en tomar las riendas para disfrutar de todas las etapas por las que transcurra este viaje, en ir escribiendo cada capítulo, cada verso, cada estrofa. Por cierto, ya tengo decidido el tema central de mi siguiente poema: volver a los orígenes. Explorar mis raíces. Me siento en la obligación de cuidar del ecosistema en el mundo de las letras.

Supongo que te habrás enterado de los últimos acontecimientos que han marcado la historia de esta ciudad en la que, hasta nuestra llegada, el tiempo pasaba sin pasar nada. Como

te de ello. Te aseguro que no pretendo que los hombres comprendan la magnitud de mis actos, por eso acudo a ti; tú estás por encima de lo humano y sabrás ver la belleza que hay en la muerte y el coraje que implica mirarla directamente a los ojos. Es mi aliada. Soy su cómplice. Nos retroalimentamos.

Estoy escribiendo uno de los más importantes legados que el ser humano haya podido dejar a su especie, y esta ciudad que compartimos será recordada por siempre. Tengo que terminar de pintar este cuadro, y nadie va a impedírmelo.

Ofrecerse.

Ahora, tengo que irme. Cuídate mucho. Dicen que estos días soplará la bora, pero supongo que estás más que acostumbrado. ¿Verdad, amigo?

Hasta pronto.

Caffè degli Specchi

El sabor del café estaba a la altura del lugar. La inspectora jefe pidió su segundo *capo in bi*⁶⁸ cuando le estaba terminando de contar a Sancho cómo había conseguido superar las reticencias iniciales del *questore* Padulano. Su acompañante, el *sovrintendente* Marco Fucich, con su tercer *nero*⁶⁹ en la mano, estaba al tanto de toda la información que Sancho le había facilitado a lo largo de la mañana.

de agua mineral con gas. Las ojeras ennegrecidas y el enrojecimiento de la esclerótica eran señales evidentes de que estaba inmerso en una lucha contra la resaca. De inmediato le recordó a su fiel compañero durante la etapa de formación patrullando en el distrito madrileño de Entrevías, Paco el Rata. Tenía tantas anécdotas de aquel tipo que podría llenar varias enciclopedias; sin embargo, al inspector no le gustaba demasiado mentarle tras su fallecimiento. Sancho conectó inmediatamente con Fucich.

—Le agradezco mucho que haya peleado tanto para conseguir el beneplácito de su superior.

—Inspector, le pido que no se sienta obligado a utilizar un tratamiento tan formal con nosotros. Somos triestinos; no renegamos de la buena pasta, pero preferimos *čevapčići*⁷⁰ o un buen *gulash*⁷¹.

—*Ed andar per frasche*⁷² —completó Marco Fucich en triestino.

—Aquí somos más austroeslavos que latinos, así que preferimos prescindir de las exquisiteces mediterráneas si no te molesta. Dado que somos colegas, podemos tutearnos.

—Cojonudo —exprimió el pelirrojo en español ordinario.

—Cojonudo —repitió Gracia haciendo de la jota una hache aspirada—. Padulano me ha autorizado a compartir información. *nero* no puedo dearte ningún informe ni documento.

Ahora bien, voy a tener serios problemas si llega a enterarse de que estamos colaborando con un inspector español que actualmente está fuera de servicio. Y no quiero ni pensar qué sucedería si averigua que el caso está oficialmente cerrado.

— Ya veo que has hecho averiguaciones sobre mí.

— Por supuesto, ¿qué esperabas? — dijo endureciendo el tono sin esperar una respuesta.

Sancho se pasó la mano por el mentón.

— Precisamente, solicité la excedencia para poder seguir el caso por mi cuenta cuando supe que Augusto seguía vivo. Aunque quisiera, no podría desentenderme del caso. Es mi obligación.

— No voy a entrar en razones ajenas, pero sí debo pedirte que no nos ocultes nada.

Sancho aceptó con la cabeza.

— Si vamos a colaborar, creo que sería bueno que me retirarais la vigilancia — propuso el español mirando a Marco Fucich.

— *Sta bene. Allora.* Como sabes, tenemos tres víctimas; todas asesinadas con la misma arma. Por cierto, balística no es capaz de catalogar el tipo de proyectil; dice que puede tratarse de alguno especial hecho a medida por los casquillos que han encontrado.

— ¿Qué tipo de casquillo?

la frente. Todos disparos mortales. La segunda víctima fue su guardaespaldas, un mercenario montenegrino llamado Drago Obučina; seis balas en el pecho, dos de las cuales le atravesaron el corazón. La última en morir fue Stefania Gaspari, muerta de un único disparo en la cabeza realizado a muy poca distancia. Sabemos esto por las quemaduras en la frente y los restos de pólvora que encontramos. Según parece, se trata de un tirador experto.

— Como te comenté en tu despacho, Augusto no actuaba de esa forma, sino que solía asfixiar a sus víctimas. Así lo hizo con las tres primeras, mató a la cuarta a martillazos para hacernos creer que había sido obra de otra persona, y a la última la obligó de alguna forma a volarse la tapa de los sesos.

Sancho dejó la mirada perdida unos segundos y concluyó:

— Algo debió de salirle mal y buscó otra alternativa.

Ellos se miraron.

— *Pol esser*⁷³ — dijo Fucich en triestino.

— Pensamos que pudo suceder de la siguiente forma: en la madrugada del 14 de abril, el sujeto neutralizó la alarma con un inhibidor de frecuencia; aunque no lo hemos encontrado, por los informes de la compañía de seguridad, donde no se registran anomalías en el servicio, intuimos que pudo hacerlo

directamente a por su objetivo en la planta superior. No podemos saber qué sucedió exactamente, pero suponemos que entró y disparó sin dar tiempo a Don Daniele a protegerse más que con sus propias manos. Al oír los disparos, el guardaespaldas debió de emprender la huida, porque no hemos encontrado ningún signo de lucha en la casa.

—Mercenarios —apuntó equivocadamente Fucich.

—Ese mismo día, sobre las ocho de la tarde, el asesino acudió al piso que la hija de Gaspari tenía en el centro de la ciudad. Hemos revisado las filmaciones de las cámaras de vigilancia de la plaza, pero ese portal hace esquina y no lo recoge ninguna.

—Sí, he podido visitar la zona, pero no he conseguido entrar —interrumpió Sancho con su voz grave.

—Lógicamente. Raramente sucede algo excepcional en esta ciudad aparte de los días de bora, por lo que todo el mundo se revoluciona cuando sucede algo violento. Por ello, tenemos que asegurarnos de que ningún curioso altere la escena del crimen. La hipótesis que barajamos es que, de alguna forma, consiguió que ella le abriera la puerta, porque la cerradura no está forzada, son de esas modernas con lector... ¿cómo se dice? —se preguntó levantando el índice.

—Biométrico, lector biométrico —apuntó Sancho.

—*Ecco*. Luego, la obligó a meterse en la bañera y la maniató.

—En la bañera —repitió el inspector tirándose de los pelos del bigote.

—Así es. Por el registro de llamadas del móvil de Stefania, sabemos que llamó a Ovućina y que, además, le envió varios SMS. No...

—Tiene su explicación, que luego te mostraré.

Marco Fucich se frotó los párpados muy despacio y pidió otra botella de *acqua frizzante*. Sancho aprovechó para pedir otro café.

—*Ancora... ecco*. Pensamos que retuvo a la chica para hacer que Ovućina acudiera a la vivienda. Le disparó en el recibidor y, unos minutos más tarde, terminó con ella disparándola en la bañera.

Sancho miró a través de la ventana. Los transeúntes caminaban con dificultad tratando de luchar contra las intensas ráfagas de viento. Frunció el ceño antes de responder.

—No entiendo por qué el guardaespaldas huyó primero de la casa del padre y, luego, regresó para salvar a la chica. No me cuadra.

—Puede explicarse por la relación sentimental que, según parece, mantenía con Stefania.

—*È così l'amore...* —aportó Fucich.

—¿Y qué hay de las mutilaciones?

—A ambos les extirpó la primera falange del dedo anular de la mano izquierda.

—¿Post mórtem?

Gracia asintió.

—Por cierto, *ispettore*, no me contaste lo que les hizo a sus víctimas en Valladolid.

—A la primera, los párpados; a la segunda, que era su propia madre, la nariz.

—*Sua madre?? Santa Madonna!!* —interrumpió Marco

Gracia elevó las cejas y se mordió el carrillo por dentro antes de preguntar.

—¿Y a las demás?

—No mutiló a la tercera víctima por respeto, esto me lo contó el propio Augusto en nuestro único encuentro.

—*Scusa...* ¿Mantuviste un encuentro con el asesino?

—Es una forma de decirlo. Me pilló desprevenido y me dejó sin sentido. Me maniató y en aquel momento me desveló algunas cosas pensando en que no iba a poder contárselas a nadie. Salvé el pellejo de milagro.

—Insisto, tienes muchas cosas que contarnos todavía, *ispettore*.

—Lo haré, pero ahora sigo con el resto de víctimas. La cuarta y quinta eran parte de un montaje para cargar los muertos a otro tipo, esto sí te lo he contado ya.

—Sí.

—Bien, por eso no las mató siguiendo su ritual ni tampoco las mutiló, quería que parecieran obra de otro.

—Entiendo.

—Por eso, creo que en los asesinatos de los Gaspari, el hecho de amputarles esa falange debe de tener algún significado para él. ¿Se sabe con qué lo hizo?

—Con una especie de tenaza de pequeño tamaño.

—De jardinería, para el cuidado de bonsáis concretamente —completó Sancho—. Son sus herramientas.

Marco y Gracia volvieron a cruzar gestos de complicidad.

—Eso dicen los de la Científica —confirmó Gracia.

—Dejó un poema (verdad)

—*Eccolo qua*. Lo dejó escrito en el teléfono de Stefania. Y no —se anticipó—, no hay huellas en el teclado.

—¿En el móvil?! ¡La puta madre que me parió!

Sancho agarró el móvil y leyó en voz alta. Despacio.

Aun cuando no quisiera ser aquel hombre de relleno. Aun cuando rebosara en mis cuencas vacías el color metálico, y saboreo en mis papilas el plasma mecánico que se precisa en extraño rubor y falso entraño dolor. Y querrás palpar mi anzuelo: sereno.

Aun así, fui leal, soy firme y seré tenaz en mi anhelo. Aun así, serás tú quien persiga el olor de mi sombra, mirando año tras año al inerte sol del dulce engaño que se refleja en este bermellón baño de daño y paño. Y querrás ver mi señuelo: obsceno.

Así, sin más, te darás cuenta de lo que nunca sabrás. Así, sin más, abrirás los ojos y estarás tan ciego como el borrego que mira a la soga con sosiego, sintiendo cómo su balanceo es el ritmo del apego. Y querrás tener mi consuelo: veneno.

Y seré tus lágrimas.

Y serás mi pañuelo.